



# EGUZKILORE

(Flor protectora contra las fuerzas negativas)

Cuaderno del Instituto Vasco de Criminología  
San Sebastián, N.º 7 Extraordinario. Diciembre 1994.

## Coloquio Internacional

### “Movimientos de Población, Integración Cultural y paz”

<b>Presentación. A. Beristain.</b> Universitas Fraternitatis .....	11	
<b>Acto de Apertura</b>		
• <b>G. Picca.</b> Objectifs du Centre International .....	31	
• <b>F. Mayor Zaragoza.</b> Mensaje del Director General de la Unesco .....	35	
• <b>G. Suárez Pertierra.</b> Mensaje del Ministro de Educación .....	37	
• <b>J. R. Recalde.</b> Minorías, pulsiones sociales y orden público .....	39	
• <b>A. Giménez Pericás.</b> Migraciones forzadas .....	45	
• <b>Mª de la Luz Lima.</b> La situación en Latinoamérica .....	49	
• <b>E. Neuman.</b> Inmigración en el propio país .....	73	
• <b>E. Raúl Zaffaroni.</b> Minorías y poder punitivo .....	83	
• <b>J. M. de Araujo.</b> Controle e reação social no Brasil .....	95	
• <b>R. Cario.</b> La réaction sociale en France .....	107	
• <b>J. Castaignède.</b> Le droit d'asile .....	119	
• <b>E. Giménez-Salinas.</b> Extranjeros en prisión .....	133	
• <b>Tony Peters.</b> La situación belga .....	147	
• <b>A. Beristain.</b> Reflexiones criminológicas .....	163	
• <b>J. L. Manzanares.</b> Movimientos de población .....	191	
• <b>Mª J. Conde.</b> Movimientos de población y DD. HH. ....	203	
• <b>M. Fernández.</b> Emigración transcultural de la paz .....	205	
• <b>E. Ruiz Vadillo.</b> Nuevas culturas respetuosas .....	215	
<b>Conferencia Solemne. J. A. Ardanza.</b> Integración cultural y paz ..		231
• <b>A. Messuti.</b> El refugiado sujeto de derecho .....	241	
• <b>J. Sugrañes.</b> Un mundo de refugiados: Africa .....	249	
<b>Acto de Clausura</b>		
• <b>F. Buesa.</b> Movimientos de población y conciencia social .....	261	
• <b>J. L. de la Cuesta.</b> Relación general .....	275	
<b>Anexos</b>		
• <b>Declaración de San Sebastián</b> .....	289	
• <b>Naciones Unidas.</b> Programa de Acción de Viena .....	291	
• <b>Consejo de Europa.</b> Declaration de Vienne .....	321	
• <b>Informe Cires (marzo 1994)</b> .....	333	

## EGUZKILORE

Número Extraordinario 7.  
 San Sebastián  
 Diciembre 1994  
 205-214

## EMIGRACION TRANSCULTURAL DE LA PAZ

Prof. Dr. D. Miguel FERNANDEZ PEREZ

*Catedrático de Ciencias de la Educación  
 Universidad Complutense  
 Madrid*

**Resumen:** Se realiza una reflexión sobre la paz tratando sus raíces y se explica que ésta sólo se puede construir entre todos a través del diálogo, nunca sobre la guerra, subrayando que siempre se constituye en el seno de algún tipo de emigración personal o colectiva.

**Laburpena:** Pakeari buruzko gogoeta bat egiten da, horren oinazpiak kontutan hartuz. Pakea bakarrik guztion arteko elkarrizketaren bidez eraiki daitekela azaltzen da ere bai, sekula ez gudaren ondorioz, beti pertsonal edo kolektibo edozein motako emigrazio barruan ezartzen dela azpimarratuz.

**Résumé:** On fait une réflexion sur la paix en étudiant ses racines et on explique qu'on peut seulement en construire tous ensemble au moyen du dialogue, jamais sur la guerre, en soulignant que toujours on en construit dans le sein de quelque sorte d'émigration personnel ou collective.

**Summary:** This paper presents a reflexion about peace by considering its roots. It is argued that it can only be achieved by everybody's effort trough dialogue, excluding war. It is underlined that it is always constituted within some sort of personal or collective emigration.

**Palabras clave:** Paz, Emigración, Culturas, Discurso dialógico.

**Hitzik garrantzizkoenak:** Pake, Emigrazio, Kulturak, Elkarrizketako mintzaldia.

**Mots clef:** Paix, Emigraton, Cultures, Discours dialogique.

**Key words:** Peace, Emigration, Cultures, Dialogical discourse.

## 1. LAS RAICES INVISIBLES DE LA PAZ

Como europeos y, todavía más humillante, como seres humanos, nos vemos obligados a un discurso sobre la paz, mientras nuestra percepción intelectual, tecnológica, ética y afectiva, acusa la vergüenza, la herida y la crueldad de una guerra, fratricida como toda guerra, en el corazón de la “cultivada” Europa.

Se ha dicho que esta “tercera guerra” del siglo desatada en Europa es la más bochornosa por múltiples razones: por más hipócrita, por más cercana a otra guerra mucho más distante en la que sí se pudo intervenir, por más pública/publicada, por más demostrativa de la impotencia de los pueblos frente al secuestro de su voluntad por parte de los gobernantes “demócratas”, etc.

El ser humano, víctima acostumbrada de sus cómodas rutinas inertes, tiende a conceptualizar las grandes dichas como fruto de poderes mágicos que le sobrevienen a la humanidad por fortuna inmerecida, olvidando la sabiduría ancestral que proclama: “La suerte ayuda a quien se la ha merecido”. Es decir: las grandes decisiones de los pueblos y de los individuos se van fraguando día a día en multitud de pequeñas decisiones anecdóticas, en el día a día de cada persona y de cada colectividad, con su suma ininterrumpida de conciencia profunda o superficialidad, de miserables egoísmos o pequeñas generosidades de cada día, con su secuencia de delicadezas y actos de respeto o pequeñas brutalidades que se suman, trazando un camino de difícil rectificación espontánea. Los grandes criminales y los grandes héroes, fueron sembrados día a día, en la desconocida trama de las manos, que nunca se mueven a sí mismas, pues reflejan tan sólo el camino por el que el corazón ha optado, en un tejido imperceptible de opciones “insignificantes”, llenas de significado para quien sabe ver, no sólo mirar.

Así, los grandes malvados de la historia, que arrastraron a miles de seres humanos a sufrimientos inenarrables, no son, a fin de cuentas, más que individuos que tuvieron oportunidad de hacer más daño y a más gente, a causa de circunstancias en las que les situó la historia, pero ejerciendo en ellas el mismo egoísmo, la misma megalomanía o la misma agresividad, hija de la crueldad y del miedo, que ejerce cualquiera de nosotros en las pequeñas encrucijadas en las que la historia nos situó, sin contar con nosotros.

Pero hay una segunda superficialidad, sabrosamente reconocida por Raimon Panikkar en su profundo estudio “Paz y desarme cultural” (Santander, Sal Terrae, 1993, p. 37): suele pensarse que la paz llega cuando acaba la guerra, una vez que ésta se ha decidido a favor de uno u otro de los contrincantes. Esta nueva superficialidad ignora que la victoria jamás conduce a la paz, sino a la derrota y la esclavitud de alguien, por un lado, y al dominio y arrogancia de otro alguien, por otro lado. La situación se agrava, si caemos en la cuenta de que nadie, ningún derrotado, era absolutamente malo, todo malo (el dios del mal), es decir, en toda victoria se ha derrotado, se ha masacrado algo de bondad (justicia, razón, etc.), que habitaba en el vencido: he ahí el gusano inevitable que roe los cimientos de toda presunta paz que se intente edificar sobre la violencia, proclamada siempre inevitable por ambas partes, de todo vencedor, sea quien fuere.

Por si fuera poco, la invisibilidad de los procesos que producen la “dis-cordia” (el desencuentro de los corazones: certera etimología), se complica cuando el diá-

logo carece de toda garantía de viabilidad, a causa de la diversidad de los significados vertidos en el código para la comunicación (incomunicación en realidad). Se trata de uno de los desafíos más radicales al entendimiento eficaz entre los seres humanos, desafío para todo posible diálogo al que nos abrieron los ojos Osgood y su equipo de investigadores, con su diferencial semántico, cuando intentaron de alguna manera medir los significados ("The measurement of meaning"). Mas dejamos aquí esta cuestión, pues el lector interesado puede recurrir a tres recientes trabajos en que me ocupé de estos interrogantes ("Papeles confidenciales de Juan Pablo III: Pedagogía inofensiva del poder". Madrid, Siglo XXI, 1994/2ª, especialmente el capítulo "La trampa infalible"; "Ética de valores compartidos y fe cristiana". Rev. VIDA NUEVA, 1993/nº 1917, p. 39; "Las tareas de la profesión de enseñar". Madrid, Siglo XXI, pp. 104-112).

Mas, por difícil que sea el contraste con la racionalidad del otro ("el enemigo"), con la justicia del otro, con la parte de verdad del otro, no es por ello menos imprescindible para la paz dialogada (como veremos, la única paz pensable), por la sencilla razón de que, por definición de "mito", nadie puede establecer con seguridad el límite entre el derecho y los propios mitos, como Panikkar señala magistralmente. Es por esto que nadie puede construir la paz él solo, ningún individuo, ningún imperio, ninguna filosofía, ninguna religión, ningún sistema económico, etc. Mas en este punto, la necesidad del "otro" para construir la paz, las situaciones comienzan a hacérsenos visibles, pues las realidades comienzan a tener nombre y, ya se sabe, el ojo humano sólo ve fuera de sí lo que antes tenía dentro (como palabra, esto es, como posible analizador de la realidad). Con ello pasamos al segundo punto de nuestra breve reflexión.

## **2. LA ALTERIDAD VISIBLE: DIALOGO, CULTURAS Y VULNERABILIDAD**

Como quiera que nadie puede construir él solo la paz universal (por la sencilla razón de que el vencido jamás disfrutará de una victoria que ha implicado su derrota: y el vencido forma parte también del universo), no queda otra salida que la de incluir al otro en el proceso/proyecto de construcción de la paz, es decir, en el discurso dialogado que permite a todos los interlocutores interiorizar "en paz" la noción de "paz" que se pretende establecer entre todos (no imponer por parte de nadie unilateralmente: la historia ha demostrado hasta la saciedad que todas las paces con adjetivos han sido semillero de nuevas guerras, trátase de la "pax romana", o de la "napoleónica", o de la "británica", o de la "americana" y, mucho menos, de la "pax christiana", históricamente inmundas, siempre que utilizó la violencia).

Ahora bien, apenas aparece "el otro" en el horizonte, aparece inevitablemente con él "otra cultura", ya que nadie crece fuera de su jardín. Por decirlo nuevamente con el teórico (y práctico) de la paz antes citado, Raimon Panikkar, se impone el desarme cultural, que derribe los muros/defensas de la propia cultura, no en el sentido de destruir el propio jardín, sino en el sentido de eliminar las barreras, cognitivas y afectivas, que se lo hacen inasequible al "otro", y en el sentido recíproco de dejar de desear destruir el jardín cultural del otro, obrando tenaz y eficazmente en consecuencia.

Esta noción de desarme es fundamental: lo argumento incesantemente con los partidarios de la violencia para cualquier proyecto de pacificación, pues hay nocio-

nes de “paz” no precisamente muy “pacíficas”. Cuando el ser humano hace la guerra con sus manos, hace ya mucho que la había iniciado en el fondo de su corazón, desde el alma de la cultura que cultiva y en la que él ha sido cultivado. La guerra hay que destruirla donde nace, en la mente de las personas. Así, por ejemplo, la guerra de todos contra todos en la extinguida Yugoslavia fue sólo posible porque “alguien”, con intereses suficientes para ello, después de eliminar violentamente cuantas voces se levantaron en un principio a favor de la convivencia, el diálogo, la sensatez y la cooperación entre todos (de todos a favor de todos), se encargó sistemáticamente de crear en las mentes de “personas iguales” culturas distintas con el adjetivo de incompatibles. Los resultados ahí están. El lector interesado puede ver el resultado de otra cultura alternativa, la de la no-violencia, la más irresistible, la de la “violencia vulnerable”, si se prefiere denominarla así (se narra retrospectivamente, en una historia-ficción de sentido común, el final alternativo de la guerra de Yugoslavia en el “Epílogo para la segunda edición española” de la obra de “Francisco de Juanes” antes citada: “Papeles confidenciales de Juan Pablo III: Pedagogía inofensiva del poder”. Madrid, Siglo XXI, 1994/2ª).

Mas nuevamente la certera etimología de la palabra “diá-logo” nos previene de una condición que, por su ausencia generalizada, suele condenar al fracaso los más laudables intentos teóricos de pacificación. En efecto, el “diá-logo” (el “logos” que “diá”, es decir, la racionalidad/verdad que peregrina/emigra de unos a otros), por definición reclama un tipo de comunicación en la que esa peregrinación recíproca es posible, esto es, requiere una igualdad fundamental en la que ambos están, pues ambos perciben que “la son”. Mas, apenas el hombre se instala en la igualdad frente al otro, se ha instalado por lo mismo en la vulnerabilidad a manos del otro, para bien o para mal (está tentado a pensar cada uno, ignorando que no hay injerto beneficioso sin la apertura de la herida, sin la conciencia de algún tipo de pobreza que el otro podrá remediar pacíficamente). De ahí la profunda sabiduría pragmática del poeta “vidido” en Soria: “Busca tu complementario, que suele ser tu contrario”. ¿Y cuáles son estos “beneficiosos contrarios” de los que nos habla el poeta y a los que nos ha abocado nuestra reflexión?

### **3. TOPOLOGIAS TENTATIVAS PARA LA EMIGRACION DE LA PAZ: ANTROPOLOGIA, DIALOGO Y PARADOJAS CONSTITUTIVAS**

Conviene advertir, ante todo, que no se trata de afirmar que la paz, una vez establecida/constituida, se dedica a viajar/peregrinar/emigrar, como las aves migratorias, que nacen en un período y emigran en otro, una vez que han aprendido a volar/emigrar. No es eso. Lo que pretendemos hacer ver es que la paz se constituye o nace precisamente en el seno de algún tipo de emigración, personal o colectiva, según el tipo de paz y guerra, de concordia y discordia de que se trate; de manera que, al igual que nace y se constituye con ella, también muere, deja de existir, apenas la emigración cesa, para instalarse en la quietud de la unilateralidad. Al afirmar, como afirmamos, que “ningún viajero es fanático”, estamos postulando, por lo mismo, que quien no “viaja” se fanatiza fácilmente en algún rincón de su conciencia psíquica. Huelga decir que hablamos aquí de algún tipo de viaje cultural, en el más amplio sentido del vocablo. En concreto, cabría distinguir, muy provisio-

nalmente, al menos tres lugares o topologías para esta emigración necesaria, constituyente, luego condición *sine qua non* para la paz. Veámoslo siquiera sucintamente.

### 3.1. La emigración antropológica

Nos referimos al hecho de que, con frecuencia, el diálogo que debería gestar, como una madre que hace nacer, la paz, es imposible, pues los presuntos dialogantes, cada uno de los cuales se autopercebe como sincero buscador de la paz, carece de la posibilidad, cultural y psicológica, de emigrar de una a otra entre las dimensiones de su psiquismo homínido, antropológico. En otro lugar diseñé sintéticamente el panorama de este cruce migratorio de las dimensiones antropológicas del psiquismo, por un lado y, por otro, los correspondientes modelos axiológicos y los ámbitos de la realidad a que ambos pueden aplicarse (“Las tareas de la profesión de enseñar”, Madrid, Siglo XXI, 1994, p. 141). Nos limitamos aquí, pues, a una conceptualización básica muy resumida: el diálogo, es decir, la comunicación en la que el emisor codifica/cifra sus mensajes y el receptor los decodifica/descifra, se convierte en incomunicación radical, si ambos interlocutores, presuntos constructores de la paz, carecen de la flexibilidad/riqueza para emigrar conjuntamente, armónicamente, en generosa sintonía, del “homo sapiens” (valor de verdad, conocimiento), al “homo faber” (valor de eficacia, economía, utilidad), de éstos al “homo ethicus” (valor de bondad, justicia: ordenación según orden de prioridad del resto de los valores/intereses) y, finalmente, de todos ellos al “homo aestheticus” (valor de felicidad, el bienestar de la armonía percibida y disfrutada).

Tres breves observaciones:

**a)** El orden en que han sido numerados los posibles lugares de emigración para el diálogo carece de intención secuencial, es decir, no pretende insinuar orden alguno ni de prioridad/dignidad, ni de secuencia cronológica: se trata sencillamente de uno de los recorridos posibles, el que iría del saber (“homo sapiens”), al saber hacer (“homo faber”), del saber hacer al querer hacer (“homo ethicus”) y del querer hacer al disfrutar haciendo (“homo aestheticus”).

**b)** En una imaginaria tabla a doble entrada, si situáramos en el eje vertical las cuatro dimensiones antro-po-psi-cas antedichas y en el eje horizontal, los tres territorios de la realidad (el yo, el entorno físico y el entorno social), obtendríamos un cruce de  $4 \times 3 =$  doce casillas que podrían servirnos, entre otros fines, para una tipología de los conflictos, a efectos de diagnóstico previo (y sabido es que enfermedad bien diagnosticada es enfermedad medio curada o, por decirlo en términos más belicosos, enemigo visto, enemigo vencido).

**c)** Algunos ejemplos prácticos en los que apreciar la utilidad práctica de estas aparentes conceptualizaciones abstractas, podrían ser: **ca)** No hay posibilidad de entendimiento (seguirá, por tanto, el conflicto) mientras un interlocutor emita sus mensajes en una dimensión (dogmático-cognitiva o pragmático-económica, por ejemplo) y el otro los decodifique/entienda en otra dimensión diferente (la ética o la estética, por ejemplo); **cb)** No hay posibilidad de entendimiento (diálogo de sordos, seguirá el conflicto), mientras los interlocutores discutan sobre cuánto vale algo, sien-

do así que uno se refiere a su valor pragmático/económico (valor de mercado) y el otro habla de su valor ético-afectivo (raíz de los interminables conflictos entre indios y “fazendeiros”, entre aborígenes e invasores “colonialistas” de todo tipo en muy diversos lugares y épocas: ya los semióticos nos proveyeron de las categorías analíticas de significado denotativo/frío y significado connotativo/cálido, para que no nos encontráramos indefensos intelectualmente ante el diagnóstico psico-social de este tipo de conflictos, origen de tantas guerras y tantas brutalidades y crueles atropellos inhumanos, infrahumanos); **cc)** El respeto a la imaginación y la lógica de los lectores y oyentes, nos impide seguir proponiendo aplicaciones y ejemplos, que dejamos respetuosamente para el diálogo ulterior.

### 3.2. La emigración dialógica

Pasamos a referirnos ahora a dos tipos de emigraciones a las que nos obliga estar siempre dispuestos la fiesta pascual del diálogo, como otrora a los judíos en la víspera de su liberación (valga la metáfora afortunadísima para nosotros), víspera precursora de la fiesta de la paz, que aquí nos interesa y que nos exige también la actitud permanente del caminante de fondo, ceñido sobriamente el propio manto, báculo en mano y postura dispuesta al primer paso de modo inmediato.

**a)** En las Actas del Congreso Nacional de Pedagogía celebrado en Salamanca (Sociedad Española de Pedagogía, 1992) y dedicado a la “Educación intercultural en la Europa del futuro”, el lector interesado puede ver la ponencia en que me ocupo con mayor detalle de la diferenciación entre multiculturalidad, interculturalidad y transculturalidad. A los efectos que aquí interesa, baste recordar que la multiculturalidad alude simplemente al hecho un tanto mimético de que algunas culturas, habida noticia de determinados desarrollos, cuestiones, problemas o posibilidades originados/vividos en otros contextos culturales, los incorporan a su análisis cultural propio, con mayor o menor grado de asimilación y dudosa autenticidad; una aproximación intercultural, en cambio, supondría el análisis compartido, por individuos de diversos contextos culturales, de una realidad, situación o problema al que todos ellos han llegado por diversas vías; el planteamiento transcultural (que es el que aquí más nos interesa, pues es el que posibilita radicalmente la paz) no se origina en anécdotas coyunturales o vicisitudes pasajeras, sino que hunde sus raíces en lo más profundo, estable e insustituible (constitutivo) de la hominización compartida: no se trata de cuestiones a las que el ser humano y las diferentes culturas se ven abocadas en virtud de ser tal tipo o tal cultura, sino que se ven enfrentados con ellas por el mero hecho de ser un tipo humano, una cultura antropológica, es decir, una cultura, sin adjetivos. La paz misma, al igual que la salud (ausencia de sufrimiento), la seguridad vital, la estimación respetuosa, la seguridad vital básica (frente al hambre, las inclemencias del tiempo), la garantía del cumplimiento honesto de los pactos acordados, etc., constituirían otras tantas convergencias transculturales, en el sentido de que se hallan enraizadas, como invariantes o constantes antropológicas, en todas las culturas humanas históricamente pensables para nuestra especie. Veremos enseguida la potencia resolutoria de este nivel de transculturalidad para el aseguramiento de la paz.

**b)** Aparte de esa coincidencia transcultural, como garantía de inteligibilidad mutua entre todos los interlocutores de un diálogo para la paz, el modelo de los cam-

pos semánticos o redes conceptuales con los que las diversas personas “culturrificadas” entran en un diálogo, representa otra de las claves para el éxito o fracaso predecible del diálogo mismo. Bajo el epígrafe “Potencia científica y tecnológica de los sistemas de analizadores: anatomía de una superficialidad”, me he referido a esta cuestión en mi reciente y ya citada obra “Las tareas de la profesión de enseñar” (pp. 81 a 95), lugar al que remito al lector. Será suficiente señalar aquí que, al igual que sugiere mi estimado colega de la Universidad de Columbia, en Nueva York, el profesor Novak, buen discípulo de Ausubel, es cuestión sustancial para el éxito o fracaso de toda comunicación, en consecuencia, para el éxito o fracaso de la construcción dialógica de la paz, la noticia del mapa conceptual o red semántica de mi interlocutor. Suelo decir, en términos simples, que quien no tiene en su mente el mapa que tiene en la suya su interlocutor, no está hablando con él, sino con la pared de enfrente (de ahí, el pragmatismo sajón que reza: “Para enseñar Latin a Juan, es más importante conocer a Juan que conocer el Latin”, que ya es decir, me permito añadir). Ahora bien, suele olvidarse en este asunto clave para la “pacificación” de los diálogos para la paz, que en estos mapas y redes (verdaderas constelaciones relacionales de significados), no sólo debe atenderse a las relaciones de primer orden (con qué otros conceptos relaciona mi interlocutor el concepto/objeto/valor/norma, etc., sobre el que discutimos, para construir “nuestra” paz), sino además (¿sobre todo?) cuáles son los ejes generadores o criterios para el alumbramiento de dichas relaciones (preferencias axiológicas y/o selectivas sistemáticas, por ejemplo). En todo caso, se impone la evidencia empírica universal de que ningún análisis, ninguna categoría de análisis (analizador), es inocente, puesto que ningún cerebro es virgen, ni de experiencia previa, ni de teoría previa, ni de intereses previos (los analizadores más difícilmente auto-analizables).

### 3.3. La emigración paradójica de la paz

Pasamos a la parte más concreta, lógicamente la más problemática, pues las contradicciones y paradojas se multiplican, a medida que nos vamos acercando al nivel cero de abstracción, nivel en el que nosotros mismos habremos de abandonar el monólogo, cuya única justificación “pacífica”, no dominadora, sería precisamente la de facilitar/promover el diálogo. Aterrizando todas estas reflexiones, se me ocurren las siguientes paradojas, adjetivables a su vez de muy diversa manera para cada uno de los presentes, como invitaciones al pensamiento en voz alta, comunicado, de todos hacia todos:

**a) La paradoja ecológica**, consistente en el difícil equilibrio entre visión científica-tecnocrática y visión socio-ética y “romántica” de la naturaleza, visiones que generan decisiones muy concretas y reales (demasiado reales con frecuencia, lamentablemente) ligadas a actitudes de dominio, de administración más o menos egocéntrica, o de servicio casi cultural de conservación de algo sagrado (sobre ello dialogaré gustosamente del 6 al 8 de mayo próximo, en el Palacio de Congresos Europa de Gasteiz-Vitoria, en el contexto del Foro Popular sobre “Cristianismo, Justicia y Ecología”, a través de mi ponencia “Convergencia científico-mística como alternativa al orden internacional vigente”). La bibliografía, por otra parte, es ya relativamente abundante en los principales idiomas europeos.



**b) La paradoja de la autodefensa**, brillantemente resumida por Cicerón en su réplica a Casio: "Quod enim est, quod contra vim sine vi fieri potest?" (¿Cómo puede responderse a la violencia sin recurrir a la violencia?). Mil veces he vivido (y algunas veces he dicho) que, en mi diálogo con los violentos, encarcelados o libres, y quizás sobre todo en mi diálogo con el delincuente y violento que llevo dentro de mí mismo, si es que pertenezco a la especie posiblemente humana, he descubierto y descubro cada vez con mayor eficacia que quien más necesita de la vivencia del respeto es el que no respeta: desarma más al enemigo perdonarle la vida que quitársela, desembrutece al asesino infinitamente más que la cárcel, el regalo de Navidad que puede recibir de una niña, huérfana del asesinato, en la soledad de su celda para siempre... Utopías aparte, cuando se persigue la paz y no la venganza (o la perpetuación de la injusticia y el atropello/dominio), produce más paz la magnanimidad del perdón a quien no perdonó, respetar a quien no respetó, ser generoso con quien no lo fue, portarse como persona con quien se portó como bestia carnícera, comprender a quien no comprende, amar a quien nos odia (dicen que esto es sólo posible para los santos, obligatorio, en todo caso, para los bautizados), todo esto produce más paz que miles de amenazas, prisiones y cadalsos. Esto quizás se entiende mejor dicho en Euskadi. El lector interesado en esta paradoja puede ver el capítulo "Mártires de Woytila y cómplices de ETA" en mi obra, recientemente agotada en Planeta (dispongo de algunos ejemplares) "Diálogos en la otra orilla con el Viejo Profesor". En todo caso, parafraseando la idea de Simone Weil, la paz es una fugitiva que huye siempre del campo de los vencedores...

**c) La paradoja de nuestra dimensión política**, situación peculiar de los ciudadanos que han entrado en la democracia, sin que la democracia haya entrado en ellos. Consiste esta paradoja en que, en las democracias inmaduras, los ciudadanos no delegan en los políticos/gobernantes, sino que "dimiten" en ellos. En mi artículo (Rev. VIDA NUEVA. Nº 1910, 4.9.1993, pp. 23-30), puede verse una descripción increíblemente actual de la situación sociológica/política de la España de hoy, bajo el título "Libertad de enseñanza y enseñanza de la libertad", escrita hace 150 años por el ojo certero, agudo y profundo, de Alexis de Tocqueville. Lo esencial de esta paradoja consiste en que los individuos dejamos las cuestiones decisivas de la paz o de la guerra en las manos de los menos indicados para decidir las, los generales y los políticos (los menos indicados, pues son los demás, no ellos, los que mueren y/o se arruinan, cuando la guerra se pierde, junto con la paz, que se pierde siempre, después de cada guerra, ganada o perdida).

**d) La paradoja de la tarea o el regalo**, la aportación del compromiso personal esforzado por la paz, o la donación graciosa de la paz, ante la demostrada incapacidad humana para conseguirla, a pesar de tantos organismos internacionales, de tantas encíclicas, de tantas ONG (organizaciones no-gubernamentales), de tantas conversaciones de paz, tratados de paz, acuerdos de pacificación, etc. Se sea creyente o no creyente, en coherencia con la actitud emigratoria, dialógica, de la que aquí venimos hablando, sería muy productivo, al menos como ejercicio de simulación metodológica ("simula, simula, que algo queda..."), el que los no-creyentes permanecieran abiertos al hecho frío del misterio ante este horroroso fracaso humano de la huida de la paz, en medio de nuestra estúpidamente/maravillosamente orgullosa civilización (¿qué tiene de extraño que esto sea un misterio, si lo es una simple

hoja de un árbol para un premio Nobel?) y, por otra parte, el que los creyentes cayeran en la cuenta de que en la consideración de la paz como fruto del esfuerzo humano (“Aufgabe” = tarea) o como regalo llovido del cielo (“Gabe” = donación), conviene advertir que el milagro original, y originante, son nuestras manos, nuestras neuronas y el imperativo absoluto de la bondad en nuestros corazones (todos los demás milagros no son más que “milagritos”...) En todo caso, lo único que podemos afirmar, sea desde la fe, sea desde la increencia, es que “todavía no” hemos conseguido descubrir la paz universal y segura para siempre, sin que ello nos autorice a generalizar este no-descubrimiento hacia el futuro de la humanidad. Se trata de ser sinceros con nosotros mismos (“Sinceros con nosotros mismos: Psicopedagogía del sentido”. Madrid, PPC, 1992, en cuyos primeros capítulos me ocupo de estas cuestiones del diálogo entre creyentes y no creyentes).

**e) La paradoja de la armonía entre libertad y justicia,** propugnada por Panikkar como casi-definición de la paz (sus tres experiencias primordiales), tras haber postulado la imposibilidad de definirla (le ocurre a Raimon Panikkar con la paz lo que a San Agustín con el tiempo: “Sé muy bien lo que es, hasta que alguien me lo pregunta”). No hay posibilidad de paz verdadera, profunda, semilla de nuevas paces (no superficial, fingida, aparente, trampa provisional preparatoria de nuevos conflictos y desencuentros), si no hay un verdadero sentimiento de confianza recíproca, sentimiento que sólo anida en una vivencia de amor, bien al otro, bien a algo “transcultural” que se está seguro el otro ama, al igual que yo (valor de honradez, de bondad, de justicia, de lealtad, etc.). No importa el camino ni los vericuetos: lo sustancial es que el otro puede ser amado, a este nivel de “diálogo para la paz”, en la medida en que empieza a ser percibido por mí en el territorio de lo amable, pues ama y respeta lo que yo amo y respeto (transculturalidad poderosísima e imprescindible para el tipo de “pacificación” del que aquí hablamos). Sólo en esta atmósfera es viable el espíritu de reconciliación mutua, sin la que toda paz no es más que una implícita autoconcesión de un plazo interesado para la preparación suficiente de la nueva batalla (como sobradamente demuestra la historia). La paz que no va más allá de la justicia estricta, comprometiendo mi libertad como donación gratuita al otro, como perdón o reconciliación que regalo y, por tanto, me comprometo porque me comprometo, no sería paz, sino trampa (y autotrampa).

**f) La paradoja de la nomotesis y la idiografía:** Se trata de la ya clásica polémica acerca de la posibilidad de establecer principios generales (nomotesis, leyes o principios generalizables), con vistas a ser aplicados a la diversidad indefinible de los casos concretos, los únicos que existen, con sus perfiles únicos e irrepetibles (idiográficos), constituyendo cada uno de ellos una excepción respecto de todos los demás (la Interpol sabe muy bien que, en miles de millones de seres humanos, no existen dos que tengan igual —repetido/generalizable— el simple centímetro cuadrado de la piel del dedo pulgar —huella dactilar). Aplicado a nuestro interés temático aquí, esto equivaldría a poner en cuestión la posibilidad de normar éticamente el comportamiento de los seres humanos, ni siquiera con principios universales de índole fundamental. Nos llevaría lejos aquí una fundamentación de la moral. Bástenos recordar, al filo de una de las pocas frases poéticas que se conocen de Manuel Kant, su famosa afirmación: “Dos cosas sobrecogen mi ánimo de admiración y asombro: el cielo estrellado encima de mí y la ley moral dentro de mí”. Valga esta experien-

cia universal del imperativo categórico, compartido por la conciencia de todos los humanos, "haz el bien, evita el mal", como constante mínima, fundamental y fundamentante, universal y generalizable, para normar el comportamiento de la persona. En la tensión dialéctica entre la libertad y norma, a la hora de un planteamiento ético de la paz (la paz como deber fundamental de los individuos y de los pueblos), conviene ver con claridad que la libertad no excluye la existencia de normas (el mundo del deber ser, único territorio en el que es posible la creación de la libertad, pues, en el mundo de lo que físicamente acontece, rige la mecánica más inflexible), sino que incluye precisamente la existencia de normas percibidas por el sujeto, que opta por realizarlas o negarlas libremente en sus actos concretos. La paz, pues, podría considerarse como norma, siempre que se tenga la imaginación suficiente para encontrar los caminos propios para su realización concreta en cada circunstancia viva, histórica. Es cierto que no hay camino, que éste se hace al andar, pero no es menos cierto que no todo vale, pues, aunque no hay camino, sí que hay brújula, orientación nítida para toda mirada limpia, que busca sinceramente la paz.

Es cierto, en todo caso, que durante la peregrinación que la vida humana es, todos estamos sometidos a las noches de oscuridad, que se alternan con los días luminosos, a los días felices, llenos de paz, que alternan con los días amargos en que la justicia y la paz no sólo no se besan, sino que luchan a muerte y brillan por su ausencia, negando la utopía bíblica. Dada la pobreza de nuestro cerebro moderno todavía, nuestras ventanas son, en parte, nuestras propias rejas (en virtud de los límites del conocimiento humano); dada la tosquedad de nuestro cerebro ancestral, el que compartimos con los reptiles, nuestras alas son, al mismo tiempo, nuestras cadenas, y no tenemos otro recurso para remontar el vuelo. Aquí radica, precisamente, la tarea de la vida humana, en permanente peregrinación: construir en sí mismo una tensa paz entre sus ventanas y sus prisiones, entre sus alas y sus hierros, hasta que rejas y cadenas se rompan y vuelen. Entonces el hombre tendrá el corazón libre, con la libertad poderosa de los bondadosos, para construir la paz también en su entorno. Mas conviene no olvidar que esta emigración, interna y externa de la paz, personal y colectiva, no acaba nunca, pues la paz sólo se da en la emigración.

A partir de este momento, urge que me calle, pues de lo contrario, mi discurso sobre la paz no sería pacífico, sino dominador, arrebataador de la palabra más importante, la del otro, la de ustedes. MUCHAS GRACIAS.